



**LAGRIMAS
DE SANGRE**

ALICIA PERESSUTTI

(c) Edición Febrero 2011 / Alicia Peressutti
Corrección: Michelle Sommerville
Diseño de tapa: Fotomontaje José Omar Picatto
ISBN: 978-987-33-0228-2
Hecho depósito que prevé la ley 11,723
Impresión / EdicionesCC, Villa Nueva (Cba.)
IMPRESO EN ARGENTINA
Peressutti, Alicia
Lágrimas de Sangre. - 1a ed. - Villa María (Córdoba) : el autor, 2011.
92 p. ; 21x14 cm.
ISBN 978-987-33-0228-2
1. Narrativa Argentina . 2. Novela. I. Título.
CDD A863
NOTA: Los nombres de los personajes de esta novela
fueron cambiados para proteger su identidad.

Alicia Peressutti
aliciaperessutti@hotmail.com / aliciaperessutti@gmail.com
Lágrimas de Sangre

**Se autoriza el uso parcial o total del contenido de este libro siempre que se
mencione el título de la obra y la autora**

En memoria :
de mi Padre Pedro Peressutti y
de mi Abuela Lucia María Mongeé
por su ejemplo de vida

Dedicada a:
A todas las personas
que dedican sus vidas
a combatir la esclavitud.

Agradezco a:
Omar, mi compañero de caminos...
A mis hijos Gino, Bruno, Piero y Yaco.
A María y Mamá.

Agosto de 2008

No dejaba de mover las manos. El chasquido incesante de los dedos que se rozaban entre sí aumentaba mi angustia. No debía tener más de treinta años, pero parecía de cuarenta; algo malo, muy malo estaba atormentando a su humanidad.

No dejaba de mover las manos. De a ratos se acomodaba un mechón rebelde que parecía más negro entre sus dedos huesudos y largos. Todo él me producía un espanto siniestro, me agujoneaba la médula con unos deseos incontenibles de salir corriendo. Pero no me animaba a irme. “El baile es para bailar; y el que no, jodido está”, reza el dicho popular.

El aire estaba enrarecido, mohoso; nos costaba respirar a ambos. Sobraba silencio y faltaban palabras. A la luz de la lamparita que pendía de un cable, me parecía doblemente fantasmal, como si se hubiese escapado de un cuento de terror.

Pero él no estaba para cuentos, llevaba encima todo el peso de la realidad posible; se notaba en su rostro cansado, ahuecado en unos labios partidos. Debía hacer mil años que no sonreía, la piel le colgaba de las mejillas de manera inevitable.

Sus ojos eran inmensos pero apagados, sin vestigios de luz, como si hiciese tiempo que estaban muertos. Al mirarme me helaban el alma, me dejaban una extraña sensación de tristezas infinitas.

Se acomodó para hablar, para explicar.

—Hace un mes que la busco.

Volvimos al silencio atroz. Tenía un acento extraño en la voz.

—Necesito que escriba la historia que le voy a dejar.

—Pero...

—Me dijo un pibe de la Capital que usted escribe estos temas.

—Tengo que ver si puedo.

—Le voy a hablar claro, aunque sea la primera vez en mi vida. Yo le doy todos los datos—fechas, lugares, nombres— y usted ve que hace.

No me salía una sola frase, más por desconcierto que por miedo.

—Todavía no me juzgue. No la estoy apretando, sólo quiero dejarle una historia que nadie más que usted va a contar.

—No me tenga tan en alto. Yo no soy la mujer maravilla. Lo dije para poner freno a sus expectativas, o quizás para decir algo.

—Otro se va a asustar y la va a tirar.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—Porque me pasé de la raya y los ojos de la chica no me dejan vivir... los ruegos de esa pobre niña me persiguen en la noche... ¡Mire, hagámosla corta! Yo estoy condenado, tengo un sida que me está matando y antes de morirme quiero encontrar un poco de paz.

No sabía para dónde seguir la conversación. Me costaba entender las palabras, hablaba como si le costase pronunciar.

Unos segundos de calma llenaron el cuarto; me estaba dando pie.

—No entiendo mucho.

—Ya va a entender. Créame, es una de las pocas veces en mi vida que soy sincero. No me va a volver a ver.

—Pasa que si decido escribir lo que usted dice, no sé cuándo lo voy a hacer. ¿Entiende?

Hizo una mueca sádica, levantando un poco la piel flácida de la cara.

—¿Por si me muero? Entienda que yo le juro que no me va a ver jamás, dure lo que dure. Pero necesito...

—Que le prometa que voy a escribir, y no sé si puedo hacerlo.

—¡Jure que lo va a intentar!

—No se lo puedo jurar, pero lo intento. ¿Alguien sabe? Es por...

—Por su seguridad. Quédese tranquila que si la hubiera querido boletear, ya lo hubiera hecho. ¡Mire, mujer, yo estoy condenado en esta vida y en la otra! Pero quiero morir con un poco de paz, sin revolcarme como tantos otros que vi.

—Dios es piadoso...

—Y sus monjas rezan. Pídale que recen por mí, a lo mejor tengo suerte. En el cuaderno están mis datos. Inshallah ia rabbi (Quiera Dios, mi Señor).

Me quedé callada. Me alcanzó justo la valentía, no me sobró nada. Estaba casi al filo de la cobardía; es tan delgado el hilo que las separa.

Me miró hondo con sus cuencas vacías y apenas susurró.

—Adiós. Que tenga una larga vida.

—Si puedo...

—No cruce la línea, siempre escriba y diga lo que puede, sino van a venir por usted... Después le van a hacer un monumento, pero a su familia no le va a servir.

—Los riesgos.

—Siempre están. ¡Usted lo sabe!

Y me apretó fuerte la mano derecha. Giró en cruz y se perdió en la noche sin luna.

Esperé unos minutos, intentando aquietar mis rodillas que seguían tiritando al compás de mis latidos. El olor a humedades y otras hierbas se me iba metiendo por las hendiduras de la piel, mientras la compañía de la soledad comenzaba a pesarme. Igual esperé unos minutos, que se hicieron eternidad; con el perro del miedo mordiéndome los talones. Puedo apostar que a nadie le sobra valentía en esas circunstancias.

Intenté concentrarme en los alrededores para espantar los pensamientos oscuros. Tres sillas de mimbre y una mesa redonda conformaban el mobiliario, todas dejaban entrever las huellas visibles de años de uso. En un rincón, un

aparadorcito con puertas a mal traer y, a unos ochenta centímetros de mi asustada humanidad, una cocina vieja encastrada en un hueco de mesada sin terminar.

La habitación debía medir tres por tres, iluminada apenas con un foco tenue, opaco, de mugre acumulada. Las veces que se abrió la puerta, el foco se balanceaba, tirando del cable que lo sostenía.

Guardé el cuaderno como pude, escondiéndolo en la cartera.

Antes pude memorizar el color azul de sus tapas en mal estado.

Me paré para irme, cuando sentí un remolino de angustias revolviéndome las tripas y una desazón arrinconándome el alma.

La duda me mordió la mano y en un gesto veloz metí los dedos en el cuaderno con la intención de sacarlo. No pude sacarlo de la cartera y, con un montón de dudas alumbrándome como luciérnagas en la noche negra, empecé a caminar. Los pies me pesaban toneladas y los pasos eran lentos como si estuvieran llenos de premoniciones.

También me perdí en la noche, apretando fuertemente la cartera contra mí, con la necesidad de llegar a algún lado para empezar a desandar las páginas del cuaderno, los misterios encerrados en un par de hojas amarillentas y manchadas.

Buenos Aires, mayo de 2004

La noche estaba quieta, una luna tímida se colgaba de a ratos de los marcos de las ventanas.

Las ventanas del bar Forastero parecían tener marcos de cedro paraguayo que respiraban el humo de los puchos y, de vez en cuando, lo soltaban en un acceso de tos.

La tos del Califa asustó a su acompañante de mesa, un morocho sesentón, pintando canas que hacían juego con su piel aceitunada, de soles caribeños, de playas con arenas blancas. Tan blancas como el diamante de su anillo. El accesorio perfecto para un hombre de recursos.

Un hombre de recursos a la deriva, la única y probable razón que justificara su presencia ante el Califa.

El Califa también tenía sus recursos; capaz de conseguir lo imposible, caminaba rodeado de un halo de superioridad. Eran años de inventar una solución de la nada a cambio de un maletín desbordante de billetes verdes.

Pintaba cincuenta y tantos; dueño de unos rasgos árabes dignos de un jeque, se conocía todos los laberintos de los delitos.

Delitos que jamás lo llevaron tras las rejas; nunca le habían pintado los dedos. Astuto como un zorro, había nacido para el oficio de manipulador, encontrando debilidades aunque estuvieran escondidas en los más incógnitos rincones de las almas.

El Califa tosía de vez en cuando. Tosía para distraer la atención de su acompañante, mientras lo estudiaba en busca de puntos vulnerables.

Con el dedo pulgar aplastó la colilla del cigarro contra el vientre del cenicero, fingiendo ser zurdo, dispuesto a mostrar lo que no era.

Se tomó todo el tiempo para iniciar la conversación y comenzó a hablar lento, pausado, como demorando la entrevista.

—Señor...

—¡Ya le dije!, López Beltrán.

—Bien, López Beltrán. Voy a ser claro con usted, más claro que el agua que toma en su casa.

—Lo escucho.

—Su vida vale... ¡150.000 dólares americanos, en billetes de cien!

—Pero, pregunto...

—¡No me entendió! No interrumpa hasta que termine: a pagar la mitad, cuando confirma la operación y la otra parte cuando entra a cirugía, es decir cuando le coloquen el riñón.

—Pero...

—Con ese importe cubre todo, hasta los gastos de la clínica. Es todo lo que va a desembolsar. ¿Estamos?

—¿El riñón?

—A usted no le importa, mientras menos sepa mejor.

Quédese tranquilo que, además de compatible, va a ser joven y sano.

¡Nosotros no nos arriesgamos!

—¡Sólo quisiera!

—Mire, López Beltrán, el negocio funciona así. O lo toma o lo deja, aquí no hay medias tintas. Si me confirma, necesitamos tres o cuatro meses. ¿A usted le queda tiempo, verdad?

—Sí, pero ¿cómo hacemos?

—Tranquilo, hombre. Yo lo llamo, nos encontramos en un lugar determinado y usted... ¿Tiene esposa?

—Sí.

—Bueno, entonces los dos me esperan. Nos trasladamos al sanatorio y manos a la obra.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar?

—Casi siempre es de quince a veinte días, para no arriesgarnos. Después sigue con su médico de confianza, que por supuesto no sabe y no pregunta.

—¿Y si algo fallara?

—Si fuera por el riñón le buscamos otro, si es por usted...no es nuestro problema.

—¿Y la medicación postoperatoria?

—Como no puede pedirla a ninguna empresa de salud, se la va a bancar de por vida. Nosotros le indicamos dónde podrá adquirirla.

—¿Los costos?

—Más o menos tres mil de los verdes, por mes. En este negocio es la única moneda que funciona.

El Califa se quedó mirando la nada por unos instantes. De inmediato encendió otro pucho para calmar los ánimos. El viejo le estaba preguntando demasiado. Los años de chamuyos en sus costillas le habían enseñado a fuego cuando los riesgos no valían la pena: un candidato flojo de convencimientos podía arruinar a toda la banda.

Inhaló el humo del tabaco. Cuando nadaba en la abundancia prefería los habanos que le conseguía un cubano disfrazado de hindú que vendía baratijas de la India, pero además se dedicaba al contrabando. En épocas de escasez, unos cigarros franceses en paquetes de veinte le venían bien.

Se tomó unos momentos más para discutir consigo mismo. En cada nuevo operativo se jugaba la vida y también el tipo de muerte. En más de una oportunidad había visto cómo se cobra la mafia los errores; la agonía de los pobres infelices que habían pecado de más, por avaricia o por desidia, y no quería terminar así.

El tiempo le estaba sumando achaques y restando reflejos; y agravando los vicios, vicios demasiados caros para costear.

Sus apetitos sexuales eran demasiado amplios, pero tenía una extraña debilidad por niños varones, de diez a trece años.

Los prefería rubios, rubios como los ángeles del Vaticano, los cuales había visto en las revistas de tapas chic, donde todo era noticias, desde mujeres majestuosamente ataviadas, apoltronadas en sillones impecablemente blancos, hasta los frescos de Miguel Ángel.

Afuera la noche seguía quieta, la luna clavada a la pared negra del firmamento.

La espera se estaba tornando agobiante, eran tiempos de definiciones.

El Califa se miró las manos un poco agrietadas, pero no por el trabajo. También lucía anillos, dos anillos de oro: uno con las iniciales de su nombre (que la

mayoría desconocía) y otro con un califa. Cierta vez, cuando los aprietos le estaban estrangulando y ya no quedaba a que echar mano, eligió vender el anillo con las iniciales, le significaba menos.

Después cuando las épocas mejoraron hasta volver a las vacas gordas, se lo volvió a comprar, pero más grande que el anterior.

La cadena que le pendía del cuello también era de oro, con un dije de cruz, pero al revés, porque si algo tenía claro el Califa es quién lo esperaría en las puertas de la eternidad. En más de una oportunidad, se había reconocido satánico confeso, y los que lo conocían solían rumorear que asistía a misas negras. Realidad o mito, pero el Califa tenía el alma negra.

Su aspecto explicaba el apodo: de ascendencia árabe, sus ojos oscuros y profundos hechizaban al paso. La piel atabacada, el pelo negro, lacio, con lustre, y unos labios gruesos que prometían. Dueño de una simpatía contagiosa, había nacido para convencer; cuando se iba de una conversación, dejaba esa extraña sensación de ausencias.

El viejo intentaba disimular el nerviosismo, jugando con la cucharita de café, intentando espantar las sombras del miedo que bailaban a su alrededor. El veneno del remordimiento se estaba derramando por su torrente sanguíneo, queriendo resucitar la conciencia que había matado hacía tiempo.

El viejo hizo un gesto vago, a manera de acomodar los pensamientos en el tablero de ajedrez de su mente. ¡Quería vivir!, sin importar las consecuencias.

—¡Por favor, haga los arreglos convenientes! En una semana los setenta y cinco mil dólares van a estar depositados en la cuenta que usted diga.

—Necesito de tres a cuatro meses, ya se lo aclaré.

—No más tiempo. Mi organismo se deteriora día a día.

—Nosotros lo ubicamos a usted. No intente comunicarse.

—Discúlpeme, ¿cómo se enteraron de mi caso?

El Califa tenía los ojos húmedos, pero no de lágrimas. Antes de contestar sus labios gruesos se curvaron en una sonrisa amplia, irónica.

—¡Usted pregunta demasiado! Y justo cuando me siento tentado a sentirme Dios.

—Bueno...

—Cuanto menos sepa, mejor... para usted y para mí.

—Pero son muchos.

—¿Qué quiere que le diga? ¿Qué hay jueces, abogados y médicos? ¿Eso lo deja más tranquilo? Para funcionar necesitamos de todos los rubros.

—Yo no sabía.

—O no quiere saber. Pero me da lo mismo. Ahora terminemos.

—¡No se enoje, por favor, tengo una última pregunta!

El Califa nunca emitió sonido alguno, y sus párpados inmensos quedaron tiesos por unos segundos de eternidad.

—¿Si nos descubren?

—¡Quédese tranquilo, hombre! Nunca pasa nada. Nuestros eruditos corren la causa hasta el despacho de algún juez amigo y mueren ahí. ¡Me extraña, hombre, los peces gordos nunca van tras las rejas! Las cárceles son para los choritos de poca monta, no se hicieron para los amigos del poder.

—¿De los que están ahora?

—Hombre, o usted vive en una burbuja o me quiere sacar información. El poder siempre es el mismo, sólo cambian las figuritas.

—Entonces me quedo tranquilo.

—¡Me extraña!

El viejo pagó la cuenta, le tendió la mano al Califa y emprendió la retirada, a paso firme, como si hubiera dejado en la mesa todos los principios y las renunciaciones juntos, convencido hasta los tuétanos que no había marcha atrás, ya no.

Ahora sólo le restaba armar la escenografía, decorar el escenario para que su esposa entendiera a medias; no quería tener que soportar el peso de su mirada el resto de sus días.

Afuera la noche seguía quieta. Un par de autos rasgaban de a ratos el velo gris de la monotonía. Las horas pesaban el doble.

El Califa esperó un buen rato. Siempre era bueno no mostrar apuros para retirarse.

Tenía los ojos húmedos, pero no de lágrimas; hacía tiempo que había olvidado llorar. Unos cuantos minutos antes, se había aplicado un par de gotas para ocultar el agotamiento: la huella de las noches a medio dormir.

Se levantó despacio, sigiloso como una serpiente, intentando que los demás no se percataran de sus movimientos. Echó a andar con la naturalidad de un turista.

Alto, dueño de una delgadez que le sentaba, se dirigió a la puerta como si sus pies caminaran sobre papel de arroz.

Caminó cincuenta metros y se detuvo frente a un auto importado, gris plata: su segunda debilidad después de los niños ángeles.

Solía bromear—con un tinte de verdad—que cuando ahorrara lo suficiente, se haría tallar el auto en plata pura, como un príncipe Saudí.

En el asiento del conductor, lo estaba esperando un joven moreno. Al mozuero aún le quedaba impreso algo de frescura

de los veinte y tantos, frescura que perfuma el aire con aroma a magnolias. El pelo lacio, renegrido, caía abruptamente hasta los hombros, agregándole un toque más de rebeldía a su aspecto urbano. Sus ojos pardos, astutos, seguían cada paso del Califa, sin obviar detalle alguno; estaba acostumbrado a observar.

La voz del Califa sonó calma, pero irrefutable.

—Arrancá el auto, Alí. Vámonos despacio.

Las palabras del Califa, desnudas de toda emoción, quebraron el escaso silencio circundante. Los ronquidos felinos del auto gris plata se perdieron en la noche, sin dejar rastros. A los diez minutos, estaban a unos cuantos kilómetros del bar.

El joven sonó prudente.

—¡Disculpe, señor! Pero, ¿cómo le fue?

—Escuchá, Alí, lo que aprendí en el ambiente: “si eres brillante de joven no significa que de adulto sirvas para algo”.

Pero... el Califa sigue sirviendo y cierra negocios interesantes.

—Entonces, tenemos trabajo.

—¡Y del bueno! Creo que podríamos haberle pedido unos billetes más, ni chilló. Está entregado, me costó muy poco ablandarlo.

—Señor, ¿adónde vamos?

—A descansar unas horas. Después nos ponemos las pilas y a trabajar duro.

Terminó la frase y soltó una carcajada que tronó en las sombras. El joven chofer no se inmutó, estaba acostumbrado a los arranques repentinos de su jefe.

A Alí Da Silva le costaba el idioma. Había nacido en la fabela de Sao Paulo, a medianoche y en medio de una tormenta de espantos, con nubes negras a punto de parir un diluvio.

“Mala señal”, profetizó la partera que lo recibió, quien salvó a la madre y al niño de una muerte segura, metiendo su mano desesperada para rotarlo dentro del vientre materno. El pequeño venía de canto, de caderas, sin ninguna posibilidad de sobrevivir al parto.

Alí nació morado, y más morado se puso aún cuando la vieja le acomodó veinte cachetadas consecutivas, para que reaccionara. Le fueron unos minutos para soltar un grito de vida, un signo de supervivencia.

Su madre lo bautizó con el nombre del protagonista de Las mil y una noches, soñando para el hijo un futuro de paladín de la justicia. Pero el pequeño Alí eligió precisamente el carril contrario: el del personaje Torquemada, el de la delincuencia.

Criado en un villorrio—habitado por estafadores y rateros de poca monta—, sin sueños para esconder en los bolsillos, había crecido sin niñez, a palos y trompadas, sobreviviendo el día a día.

Huérfano de padre—cuyo nombre nunca preguntó—, su madre hacía lo que podía con la rebeldía y las broncas del pequeño. Oficiaba de planchadora a

unos cuantos minutos de viaje en tren. Partía apenas el sol asomaba por los techitos de chapas y recién volvía cuando el astro rey se había escondido en el horizonte de la tarde. La mujer volvía con tanto cansancio en los huesos y tanta hambre en las tripas que apenas podía articular palabras; entonces quedaba demasiado espacio para una quietud y un silencio que duelen.

El pequeño Alí, dueño de una soledad que lo acompañaba más que su propia sombra, se gastaba las tardes a las trompadas. Mientras que una ira devastadora motorizaba sus actos e impulsos, arrasando con lo que se cruzaba en su camino.

De tan rápido que vivía, se había sentado varias veces en los umbrales de la muerte. En el último desafío, había utilizado su novena vida de gato, cuando un puñal oxidado—sucio con sangre de otras riñas—había errado por escasos milímetros la masa uniforme de su corazón apenas adolescente.

Internado en un hospital tan deteriorado como sus esperanzas, recibió pocas visitas; entre ellas la de un cura tercermundista, que recorría los pasillos con la férrea ilusión de sumar almas al paraíso. Iba detrás de las ovejas descarriadas con un fardo de argumentos, para que volvieran a Cristo, a alimentarse por toda la eternidad. Vestía siempre de jean y remera, con los bolsillos del pantalón desbordantes de caramelos para endulzar las miserias de pibes choros y niñas con tacones altos y labios rojo carmesí, obligados a transformarse en mascotas de adultos crueles y perversos.

También lo visitó la may Luchina—de la secta umbanda—, una anciana de sobacos húmedos y pelo entrecano, ciega de nacimiento. Cansada de existir sin haber existido, le había abierto las puertas de su alma al diablo, al cumplir los seis años. Algo de cierto debía haber en sus afirmaciones, porque el maligno—o quien fuese su representante—le permitía ver lo humanamente imposible. La vieja profetizaba a los cuatro vientos, y nueve de cada diez anuncios terminaban sucediendo, lo que le había valido el respeto de sus pares. El pacto, como todo arreglo con el señor de la oscuridad, tenía un costo muy alto: conseguir adeptos a la doctrina de la destrucción.

Cuando la may Luchina depositó sus carnes pulposas sobre la cama de Alí, una brisa caliente avivó el sudor de su piel aceitunada, señal clara de que el niño la estaba esperando.

Un par de gotas gordas y malolientes cayeron sobre la colcha raída que escondía la humanidad desnuda del casi adolescente.

La may Luchina tenía la voz lenta y las manos grandes, sus dedos enormes parecían abarcarlo todo. Sus ojos blancos, sin luz, completaban su aspecto de bruja de los cuentos (pero Alí nunca había leído cuentos). Daba miedo de sólo verla a cincuenta metros de distancia.

—¡Pequeño, vengo a buscarte!

—Doñita, la estaba esperando.

La voz del aprendiz de muchacho sonó cristalina y límpida como el canto de los arroyos, sin rastros de temor, como si supiera de antemano los aconteceres de la escena.

Desde ese día el niño, otrora revoltoso, se volvió taciturno, obediente a los deseos mínimos de la may y de su jefe en el más allá.

Alí creció rápido, sin niñez para recordar, con ausencia de juegos y de sueños. Cuando se percató de su tamaño, ya era un jovencito de proporciones considerables. Altura mediana, de hombros fornidos y aspecto imponente, caminaba como pisando algo, levantando el pie de manera abrupta para seguir. Su piel morena hacía que se encendieran sus ojos pardos, dándole un aire felino.

La may Luchina le presentó al Califa, encolumnándolo en el mismo ejército oscuro dedicado a la venta de órganos.

Zaida Rayyan tenía casi los años de Alí.

Refugiada palestina, era pasajera del tren sin retorno que habitan los exiliados. Había nacido en las arenas de un campamento jordano, el que habían montado sus abuelos paternos, acompañados por cientos de palestinos condenados a muerte. Aunque exiliarse era morir lento, les permitía agarrarse de las entrañas

de la vida por un tiempo más. La vergüenza de huir se llevaba adentro, escondida en algún lugar estrecho del alma.

El campamento de los nadies, de los sin nombres, de aquellos imposibilitados de ser ciudadanos. Nómades eternos de las arenas del desierto jordano, a la buena de Dios y a voluntad de los demás mortales.

El padre y la madre de Zaida habían llegado juntos al lugar de destino. Crecieron entre dibujos en la arena y pelotas de trapos—trapos podridos que sólo duraban algunas patadas—, entre escondidas detrás de las carpas y juegos al gallo ciego (aunque nunca habían visto gallos).

Crecieron cerca, junto a otros tantos de miles y miles. Refugiados sin refugios donde habitar. Acostumbrados a escribir en las arenas con palitos y hasta con los dedos, intentando aprender algunas nociones básicas del mundo lejano e imposible, pero existente, aunque fuese en las historias de los más viejos. Los más viejos lo habían conocido, lo habían visto antes del exilio.

Los padres de Zaida se enamoraron. Un día cualquiera comenzaron a mirarse distinto, a sentir mariposas en las tripas y esa extraña e inexplicable sensación de ahogo, como si todo el aire del desierto no alcanzara para respirar.

Los padres de Zaida se enamoraron y escaparon al amparo de las dunas para encontrarse, para desnudarse y jurar amor eterno, tan eterno como la inmensidad que los cobijaba en los anocheceres. Sólo habían pasado algunas lunas de amor, cuando la panza de Aycha, la madre, comenzó a crecer suavemente, ondulándose como las montañas de arena.

Apenas jóvenes, Aycha y Elaiam sintieron que podían crear vida, a pesar de tanta muerte alrededor. Zaida nació antes, apurada por desplegar las alas, por volar los cielos del campamento. Nació de noche, oculta a los ojos de la mayoría, y tironeada por las manos fornidas de una vieja partera que acudió corriendo a ayudar a Aycha. Fue un parto difícil, con el perro de la desdicha dispuesto a lamer la piel de la madre y de la pequeña, dispuesto a devorarse la vida de una o de las dos.

El campamento completo, incluso los niños y las niñas, ayunaron y oraron tres días para torcer la voluntad de Alá, para convencerlo que los dejara existir. Al amanecer del cuarto día, la madre y la pequeña estaban fuera de peligro.

Elaiam corrió a anotar a su hija, a su primogénita, en el libro de los ancestros, con el nombre de su madre, haciendo honor a las tradiciones y como una manera de salvar la memoria, de espantar los olvidos en medio de tanta adversidad.

Zaida también creció rápido. Su cabecita marrón praliné, se escabullía de tienda en tienda, huyendo de los brazos de su madre, que se pasaba las horas buscándola: “Zaida, ¿hasta cuándo vas a huir?, no ves que no hay adónde ir”.

La niñita nunca contestaba, sus ojos negros y redondos como huevos de codorniz, se abrían de par en par, mitad sorpresa, mitad desafío.

Zaida creció rápido. Sus huesos largos y flacos parecían quebradizos, como si fueran a romperse de nada; se podían contar en varias regiones del cuerpo donde los músculos languidecían. La nariz, de su padre, un poco aguileña, sobresalía entre unos pómulos pronunciados de color cetrino.

La prisa de Zaida parecía querer ganarle al tiempo de las carpas: un tiempo sin medidas, ante la ausencia de relojes y en un lugar tan inhóspito, donde hasta los espectros y los demonios se turnaban para asustar.

La niña siempre corría, desafiando hasta los camiones de las provisiones. Los vehículos llegaban una vez al mes, cargados de provisiones, de raciones para refugiados. Con bolsas de harina de trigo, de maíz o de mandioca; con bolsas de arroz, de té y de carne deshidratada. Cada tanto sumaban una alegría extra con dátiles y uvas pasas, y unos bidones de agua de más a los perfectamente asignados.

Vivir de la dádiva sumaba más vergüenzas a las ya acumuladas en los huesos de los mayores, que se sentaban a llorar sus lamentos alrededor de las fogatas en las noches sin luna. Vivir de la dádiva significaba sobrevivir, contando los días con marcas en alguna roca, respirando el aire viciado de arenas y polvo, que enfermaba los pulmones y agrietaba el alma.

Zaida creció rápido, orando a Alá de rodillas, con los brazos en cruz y los ojos en la nada. Agradecía lo que no entendía y pedía resignación para todos, para poder soportar las nostalgias que los más viejos intentaban transmitir: los recuerdos de una tierra fértil y lejana que alguna vez les había pertenecido

antes de la guerra, antes de que los obligaran a irse, con lo puesto, sin poder despedirse de los que quedaban y nunca más vieron.

En las noches oscuras, las tiendas de campaña parecían alumbradas por los fantasmas de los que habían muerto, pero que no descansaban en paz, abrumados por tantas ausencias y tantas nostalgias. El horror era el de morir lejos, de no disponer de un pedazo de tierra para erigir un cementerio propio.

Así creció Zaida, escondiéndose de las pestes, del monstruo pestilente del hambre, con sus fauces siempre abiertas, insaciables de vida. Los más viejos y los más pequeños eran sus preferidos, con escasas defensas para hacerle frente. En las mañanas era común encontrar los cadáveres, y escuchar el llanto desesperado de las mujeres y niñas (a los varones no se les permitía mostrar la debilidad de las lágrimas). El entierro, guiado por el lamento de las viudas, de las madres o de las hijas, constituía una procesión hacia las arenas, una caravana hacia la inmensidad. Los cuerpos sin vida se ocultaban en la arena, vestidos con sus mejores ropajes, mientras un silencio anunciado acompañaba la ceremonia. A veces el viento aullaba desde lejos, desafiando a los presentes. En el campamento se vivía y se moría como se podía. La vida y la muerte se entrecruzaban a diario en una disputa sin fin.

Así creció Zaida: prisionera en un hoy sin mañana, deambulando por los laberintos de las tiendas, esperando la nada.

Los voluntarios de la Organización llegaron de sorpresa, como intentando no agitar el hormiguero de las carpas.

Eran apenas veinte voluntarios, agrupados bajo las órdenes de un coordinador general: un hombre de aspecto demasiado serio y una pila de papeles en su especie de escritorio de campaña.

El jefe se arrimó un megáfono a la boca. Quería que su voz se esparciera como el polen de las flores por todo el campamento. Los empezó a llamar de a uno, aclarando que si alguien no se acercaba a tiempo, no era su responsabilidad.

Cuando pronunció Zaida Rayyan, la joven sintió que las rodillas se le aflojaban, mientras los pulmones se le hinchaban por el aire espeso y lleno de premoniciones. Inshallah ia rabí (Quiera Dios, mi Señor).

Al Califa le temblaba un poco la mano derecha. La conversación telefónica estaba rayando el límite del tiempo pautado, lo que significaba sembrar huellas, aunque después arrojara el celular a las aguas putrefactas de una zanja.

Mientras hablaba se pasó un pañuelo por la frente, juntando el sudor de una sola pasada. Apuró el saludo final y se levantó del sofá para encender la hornalla. Un café bien caliente para despejar los ángeles de alrededor, no fuera a ser que le espantaran los demonios.

Se encendió un pucho y se desparramó nuevamente en el sofá. El amarillo de la chomba hacía juego con su piel aceitunada. Con la mirada vaga, los ojos enfocados en la nada y la humanidad repartida entre almohadones color obispo, se quedó un buen rato. Lo sobresaltó el chillido de la pava, pero la dejó silbar por unos minutos, como si necesitase un poco de compañía. Se incorporó lento, vertió el agua sobre un saquito de café y caminó unos pasos como para estirar las piernas.

Bebió el café amargo, en sorbos cortos, perdido en sí mismo, hasta que manoteó otro celular y marcó un número de varios dígitos. La voz le sonó ronca, ahuecada, denotando sus largas horas de insomnio.

—Claus, ¿tenés todo listo?

—Tranquilo, hombre, nos conocemos de años y ¿cuándo te fallé?

—El tema es bien simple: cuando me hables va a ser la primera vez y la última. Es lo mejor para todos, así evitamos la reacción en cadena.

—Tranquilo, hermano. La clínica te está esperando, avisame tres días antes para darme unas horas más de chance.

—No hablés tanto, ¡menos detalles! Yo te llamo, cuidate.

Deseaba tranquilizarse más que nada en el mundo. Deseaba creer que podía bajar los párpados en un sueño de varias horas, viajando a playas de arenas blancas y jóvenes semidesnudas.

Pero era esclavo de la maldita experiencia. Había escarmentado con sangre que la confianza mata. La mafia no perdona errores.

En un ademán instintivo hizo crujir los nudillos de la mano izquierda, la mano de los ajustes (por si quedaban marcas la derecha se protegía). De pie aún, giró en cruz para volver a encender el fuego. Las luces de las llamas medio azuladas se volcaban en sus ojos como jirones azul anaranjados.

Últimamente, los pensamientos se le habían aclarado demasiado rápido. El negocio de los riñones, córneas y médula hacía equilibrio sobre una cuerda de varios metros de largo.

En Irán y Tailandia se había legalizado el trasplante, lo que reducía los gastos a menos de la mitad. Igual, otros órganos como el corazón, los pulmones, el hígado, constituían una fuente inagotable porque existía una sola manera de disponer de ellos: sacrificando a las víctimas.

El negocio de los riñones era el más próspero: eran los órganos más solicitados y, con un poco de despliegue y algunas llamadas a la gente adecuada, se podía satisfacer a dos clientes a la vez, duplicando las ganancias.

El agua estaba hirviendo, la pava comenzó a chillar. Se sirvió hasta la mitad de la taza, como si sus pensamientos estuvieran en otro lugar.

El equipo médico, la otra pata de la banda—la de hierro—, los pedía cada vez más jóvenes, para acortar los riesgos. En la flor de la juventud eran probables menos enfermedades, estaban menos contaminados. Eran jóvenes, demasiado jóvenes para morir.

El Califa se encendió otro pucho, los nervios sueltos le estaban crispando las manos. Quería estar seguro de que cada pieza estaba en su lugar, en el negocio no se permitían los casi: los mínimos detalles podían desencadenarse en un desastre.

El Califa no conocía—ni conocería—la culpa. De niño se había divertido con juegos perversos, soltando las riendas de la crueldad. Mataba sapos, gatos, perros, todo bicho que se cruzara en su camino. El placer de verlos morir le encendía la adrenalina de las venas. Le fascinaba quedarse hasta el último aliento, viendo como el iris de los ojos se volvía gris en un instante, mientras la muerte se retiraba con una nueva víctima en sus espaldas.

Zaida Rayyan tenía más o menos la edad de Alí.

El día que vio las primeras luces de Sao Paulo, le pareció estar viendo la ciudad de Dios, la metrópolis del paraíso.

Arrimó su cuerpo a la humanidad sufrida de su madre, Aycha, para cerciorarse de que no era un sueño. Por un instante, sólo por un instante, bajó los párpados para evocar los rostros de su padre y de su hermana menor, que habían quedado prisioneros de las carpas, a la espera de un nuevo pase que los reuniera. Nadie conocía los criterios de la Organización para asignar los pases, pero siempre las familias eran separadas, por la lógica cuestión de que la elección recaía sobre uno o dos de los miembros. Parecía que se establecían prioridades, beneficiando a los adolescentes y jóvenes, los cuales estaban en una etapa de su vida con más capacidades de reinserción en la sociedad donde arribarían, su destino final.

Los demás, los que quedaban, se gastaban los días llorando ausencias, tejiendo nostalgias con hilos de lágrimas.

Sobreviviendo con la esperanza de un viaje hacia sus seres queridos, un viaje que en la mayoría de los casos no se daría jamás.

El problema de la realidad es que a veces es tan cierta, como la muerte. Y las probabilidades de que las familias se volvieran a armar eran tan pocas como las posibilidades de viajar a la luna. Pero nadie pronunciaba las palabras fatales, nadie explicaba los alcances del programa, al menos con lujo de detalles, y los detalles siempre hacían la diferencia.

Los refugiados, los nadies, los inexistentes, los indocumentados eran aquellos sin pasado para celebrar y sin presente para vivir, con un futuro tan escaso como la miel en invierno.

Zaida y Aycha, bajaron felices. Shukran, Shukran (Gracias, Gracias), no cesaban de susurrar las dos. Caminaban despacio, como con miedo de que el suelo debajo de sus pies pudiera abrirse de repente, como con miedo a perderse en la inmensidad del aeropuerto.

Ochenta refugiados en total, con edades promedio entre los quince y los cuarenta años; uno, a lo sumo dos, por familia, cargando sobre sus hombros el peso de haber sido elegidos entre tantos. Caminaban despacio, frágiles como las hojas de otoño, en fila detrás de la guía de la Organización, inmersos en un

silencio obligado. Sólo el viento cálido de la noche les modelaba las figuras como si fueran de cera blanda.

Los alojaron en un salón contiguo a una parroquia —la Parroquia de Cristo Rey— donde había ochenta colchones distribuidos en el piso. Al menos por varias noches seguirían durmiendo en el piso, igual que en el campamento. Había dos baños y dos duchas para ochenta, pero estaban acostumbrados a la nada, acostumbrados a no tener, a no pedir, a no llorar.

Se encontraban apilados en el salón de la Parroquia, en la casa de un dios ajeno, rogándole a Alá el perdón por alojarse allí. Igual, el Padre José, acostumbrado a cargar con el dolor ajeno, a entender aquellas cosas que muy pocos entienden, había desnudado las paredes del salón. Cada imagen, cada cuadro, los había escondido en un cuartito para no ofender, para no crear culpas innecesarias. El sacerdote tenía la particularidad de hablar perfectamente el árabe: su abuelo materno se lo había enseñado cuando apenas daba sus primeros pasos y lo practicaban a diario. El idioma y las costumbres árabes constituyeron la herencia de su abuelo.

También el Padre José se había tomado la deferencia de confeccionar una lista con alimentos prohibidos y los horarios de sus plegarias, marcando los perímetros de los rincones con alfombras para que pudieran hincar sus humanidades hacia La Meca, hacia la ciudad sagrada del Profeta.

Almorzaban y cenaban arroz, frijoles y harina de maíz, algo de trigo tostado y algunas porciones de carne de ave, cocidas a fuego lento y con pocos condimentos. Una buena samaritana que concurría al culto de los domingos les había donado una bolsa de nueces y algunos dátiles como para unos días.

El Califa llevaba dos etiquetas vacías cuando sonó el celular.

Había tirado las líneas de pesca; ahora sólo era cuestión de esperar.

La espera se hacía eterna, desquiciante, donde no quedaba un solo nervio sano y donde los frascos de café se apilaban como las cajas de cigarrillos. Podía durar días o meses, todo dependía del azar, de la mala suerte de las víctimas que caían en desgracia como las moscas en las telarañas.

El sonido del aparato le produjo un sobresalto; estaba tan ensimismado que demoró unos segundos en alcanzarlo.

—¿Califa?

—Sí, Robertiño, ¿quién va a ser?

—No te enojas hombre, simplemente quería avisarte que ya fichamos a tres grupos...

—Entiendo, entiendo. A buen entendedor, pocas palabras. ¿Cuándo tenés los datos?

—En una semana más o menos, estamos en eso. Sólo quería avisarte para tenerte al tanto.

—Viste como es esto, el reloj marcha al revés, las presiones aumentan.

—Está bien, Califa, está bien. Es que ya casi lo tenemos, nos vemos pronto.

—Avisame. Adiós.

Cortó para evitar más detalles, Además, a medida que hablaba controlaba el reloj. Con los años había aprendido que las llamadas largas eran las que más levantaban sospechas y los riesgos siempre latían como el corazón de las víctimas.

El procedimiento siempre era el mismo o al menos muy parecido. Se infiltraba a alguien de la banda en una Organización con fines humanitarios, generalmente orientados hacia la medicina, proceso que llevaba años y muchas relaciones para echar mano en cuanto hiciera falta. O en su defecto, se reclutaba a alguien que ya estuviera adentro, lo que significaba armar una historia de amor, porque ningún voluntario o voluntaria traicionaría su causa por dinero.

Las organizaciones sin fines de lucro, en general, eran reacias a incluir miembros nuevos, imbuidas en el temor de que la persona que se incorporaba podía no estar preparada para el trabajo voluntario. También temían ser utilizadas para fines que en nada pudieran acercarse al objeto social para el cual se habían creado, a veces a años luz del bien común, razón primera de su existencia.

Entrenar a un miembro de la banda para incorporarlo a la organización significaba una gran inversión en dinero y en tiempo; considerando que este último también podía traducirse en billetes.

Una vez adentro de la Organización, el lobo disfrazado de oveja operaba con absoluta naturalidad: ¿quién dudaría?

Cuando los voluntarios de la Organización Sanar se acercaron a la Parroquia, el Padre José levantó sus ojos al cielo para agradecer. Dios se estaba acordando de los pobres refugiados, seguramente se había hartado de sus oraciones y para no escucharlo más se los había mandado.

Con los uniformes, las identificaciones y todos los papeles en orden, se presentaron tres enfermeras dispuestas a realizar los controles de rigor sin costo alguno. Aycha y Zaida se ubicaron entre los primeros, con el entusiasmo dibujado en sus rostros y algunas palabras de agradecimiento en su idioma natal: As Salaam Alaykum (La paz esté contigo). No podían creer tanta generosidad que manaba de los extraños, como el agua de los arroyos.

Una de las enfermeras, de pelo negro ensortijado como si tuviera resortes prendidos a su cuero cabelludo y manos de muñeca, se acercó a ellas con una sonrisa infinita dejando al desnudo unos dientes de arroz perfectamente alineados. En los bolsillos de su chaqueta, se podía ver un manojito de jeringas descartables que se balanceaban al compás de sus movimientos.

La mujer era la encargada de extraerles la sangre. Después le entregaba la muestra a una de sus compañeras, que la acomodaba en un carrito móvil, con capacidad hasta para cien extracciones. Los tubitos, perfectamente ubicados, llevaban una cinta pequeña para colocar el nombre y número de identificación del paciente, labor indispensable para conocer al proveedor de la muestra.

La mañana se puso gris plomo, los cielos preñados de tormenta anunciaban agua y más agua. En el salón de la Parroquia, los huéspedes iban pasando de a uno en el más absoluto silencio.

Zaida y su madre se sentaron apoyándose en la pared.

Llevaban varias horas de ayuno, pero estaban acostumbradas; por eso, cuando vieron al Padre José con unas tazas humeantes se sonrieron. El buen viejo les acercó unas sopas santas: sopas de cabellos de ángel “para calentar las tripas y entibiar el alma”, solía profetizar.

Las tres jóvenes enfermeras se fueron casi a media tarde, cuando las gotas gruesas se deshacían sobre las baldosas de las veredas y el cielo seguía gris plomo.

Eleonora entró a las corridas, resbalando en la entrada de su departamento. A los apurones se sacó la chaquetilla hecha agua y comenzó a secar su pelo negro con resortes pegados al cuero cabelludo. Sus manos de muñeca sacudían sin cesar la toalla amarilla que parecía que iba a arrancarle uno por uno los resortes renegridos.

Eleonora tenía dos vidas. Una a la vista de todos, donde se desempeñaba como enfermera profesional en el distrito norte de Sao Paulo. Una vida de respetos, de reconocimientos, donde su nombre lucía estampado en la tapa de varias investigaciones. Una vida que podía mostrar y contar.

Eleonora tenía dos vidas. La cuestión estaba en la segunda, en la oculta a la vista de sus semejantes, en aquella que no podía mostrar, ni contar porque era tan oscura y perversa que hasta hubiera asustado al mismo diablo.

Eleonora debía estar pisando el acelerador de los cuarenta.

Diez años antes, en una noche de copas, el destino le torció el alma. Había salido a festejar su cumpleaños y, cuando estaba con la guardia baja y los sentidos turbios, se le cruzó el Califa.

El Califa la hipnotizó con sus ojos de tigre en celo y, desde ese instante, ella vivió para esperarlo. Él siempre volvía al calor de sus brazos, más aún cuando la necesitaba, es decir cuando necesitaba utilizarla.

Esa misma noche, entre whisky y whisky, Eleonora le contó que en sus momentos libres trabajaba como voluntaria en una organización con fines más que humanitarios. Mientras ella hablaba la mirada de él se encendía como antorcha en las sombras.

Lo que Eleonora nunca supo, ni sabría jamás, es que el Califa lo sabía. Hacía meses que merodeaba en las penumbras esperando una oportunidad para acercarse, para establecer un contacto, para enamorarla.

Y ella lo adoraba con una adoración que rayaba lo enfermizo, capaz de hacer cualquier cosa para demostrarle la inmensidad de su amor.

Estaba siempre sola, completamente sola. Había deambulado por la vida como pelotita de ping pong desde los cinco años. Huérfana de padres, abandonada por su tía materna, había rebotado de instituto en instituto, limosneando amor, suplicando afecto donde no lo había. Era dueña de una coraza infranqueable, que en realidad ocultaba a una mujer frágil y solitaria.

El Califa era especialista en almas frágiles. Con la voracidad de un tigre, sabía ocultar su ferocidad detrás del personaje de hombre manso, indefenso, cuando en realidad todo el tiempo estaba estudiando cuándo dar el zarpazo.

La táctica siempre daba resultados, el Califa la desnudaba en cuerpo y alma recorriéndole todos los rincones posibles.

La hacía sentir mujer, incendiaba sus instintos de hembra, y se adueñaba de su pasado, de su presente y de su futuro.

Después se marchaba sin decir adiós, dejando la puerta de su departamento entreabierta, a manera de señal. A las horas, Robertiño se aparecía con el pedido, el pedido del amante que la había abandonado hasta que cumpliera la orden.

El amor le costaba muy caro a Eleonora, le costaba el alma. ¿Quién dudaría? Eleonora se las ingeniaba para armar una campaña de prevención. Las campañas nunca alcanzaban porque siempre había grupos de riesgo que nunca habían accedido a los controles básicos. ¿Quién dudaría de quienes ayudan ad honórem?

Los operativos eran esperados con júbilo. Cuando se iban aproximando los pasos de los voluntarios, la gente salía al encuentro, los esperaban con lo que tenían para ofrecer: rosquillas, tortitas fritas, buñuelos, pan casero. Todo valía para demostrar lo agradecidos que estaban.

Los hospitales funcionaban desbordados, con acceso restringido para los casos que en apariencias no fueran urgentes, generalmente se priorizaban los accidentes. Inmersos en este panorama desalentador, cualquier ayuda gratuita era lo más parecido a la divina providencia.

Todas las campañas eran iguales o parecidas. Los acontecimientos se sucedían como en una película, siempre con la misma secuencia: la extracción de sangre, el traslado hasta un laboratorio que se encargaba de determinar los

resultados mediante los análisis de rigor y después, en caso de detectar alguna patología infecto contagiosa, se le avisaba al dueño de la muestra. También la Organización colaboraba gestionando los turnos para los profesionales que debían intervenir.

Eleonora participaba en todas las fases del operativo. Su nombre circulaba por los pasillos de los centros de salud, revestido de una admiración que sólo le cabía a los grandes.

A pesar de los cansancios acumulados, siempre estaba dispuesta a ayudar a los más necesitados: colaborando en la extracción de las muestras, haciendo aportes en el laboratorio, avisando y acompañando a las personas cuando los pronósticos eran desalentadores.

Eleonora caminaba los pasillos del laboratorio como si fueran los de su departamento.

El Califa estaba recostado en el sofá fumando el décimo tercer cigarro.

—Califa.

—Robertiño, decime que tenés buenas noticias para mí.

—Tenemos al ángel para la navidad. Eleonora es la catequista ideal, siempre encuentra a alguien para el papel. Esta vez es una joven...

—Bien, Robertiño, ponete en movimiento que estamos atrasados. Sigamos con el paso siguiente. Voy a avisarle a Alí para que se comunique con vos.

—Bien, Califa, como digas.

—Robertiño, sabés cuánto valoro lo que hacés por nosotros, ¿verdad?

Cortó sin esperar respuesta.

La ciudad estaba adormecida. En la oscuridad, las luces de los autos se entremezclaban formando figuras efímeras, mientras algún que otro peatón se deslizaba por las veredas.

Zaida había salido a buscar a la noche, a irle al encuentro.

Le habían sucedido demasiadas cosas en días, más que en toda la suma de sus años. De a ratos un montón de alegrías le encendían el alma y de a ratos la nostalgia se las apagaba.

Contaba las baldosas como lo hubiera hecho su hermanita, de atrás para adelante, mientras aspiraba a bocanadas el aire fresco de junio. De vez en cuando se detenía para secarse las lágrimas que le humedecían las mejillas y se soplaba la nariz de la misma manera que lo hacía su padre.

Zaida iba al encuentro de la noche para acallar la angustia sorda que le estaba oprimiendo el pecho. No sabía que hacer con el dolor que produce la nostalgia y apuraba el paso para ver si podía desprenderse de él. Tan en sí misma estaba que nunca vio el auto plateado que se detenía a escasos metros de ella. Zaida encontró las sombras. Cuando vio el peligro venírsele encima se quedó quieta, con sus huesos quebradizos paralizados por el terror y los pies pegados a las baldosas que contaba.

Se la tragó la noche. Desapareció sin dejar rastros, sin un solo testigo que pudiera contar que el auto era plateado.

El auto avanzaba despacio. Alí junto a Zaida se limitaba a sonreír de vez en cuando para que la joven no irrumpiera en llanto.

Zaida no reaccionaba. “El espanto enmudece, acalla el alma”, dicen los poetas. Zaida no reaccionaba, mansa como los corderos que van al degüello y que avanzan sin levantar la cabeza. Inmóvil como las estatuas de las plazas, apenas respiraba.

Viajaron toda la noche, pasando los puestos de control uno a uno. Nadie preguntaba... nadie pregunta nada. Solamente en el control paraguayo pidieron el papeleo del auto; igual los encargados de la requisa estaban de broma en broma, de comentario en comentario.

En la madrugada llegaron a las afueras de Asunción, a una casita pequeña de paredes verdes y una cortina amarilla en la única ventana visible desde la calle. Los vecinos tampoco preguntaron, acostumbrados a que el que hace preguntas pierde. En la vereda de la casita dos nenas entre cuatro y cinco años hacían tortitas de barro. Alí pasó a su lado y le acarició la cabecita a la más grandecita; la niñita lo miró y separó sus labios en una sonrisa inmensa.

La casita de paredes verdes estaba ubicada a unas treinta cuadras del centro de Asunción y a una diez de la clínica, cerca de donde se necesitaba.

Alí llevaba del brazo a Zaida, quien caminaba como una autómatas. La acompañó hasta la habitación y le hizo señas para que se recostara si quería. La joven apenas entendía algunas palabras en portugués. Después despidió al Mocho que había terminado con su parte y tenía que llevarse el auto para no levantar sospechas.

La fase dos del plan estaba completada: la mariposa estaba en la jaula, con la puerta cerrada y el candado echado a la suerte. La mariposa estaba encerrada con las alas a punto de romperse y la desesperación de no entender, de no saber que estaba pasando.

Al Califa le bastaron dos llamadas para ubicar al hombre que estaba buscando. El hombre sesentón, pintando canas y de piel aceitunada, con una abultada cuenta bancaria. El Califa le dejó un mensaje en código y se sentó a esperar que el celular sonara cuanto antes.

—¡Cómo le va! Soy...

—No hace falta, ya sé quién es. Está todo listo para usted, elija un familiar de confianza para que lo acompañe en el viaje.

—Sólo una pregunta más: si alguien pregunta donde conseguí el producto, ¿qué le digo?

—Que lo compró en Irán. Por eso faltó unos días, ¿entiende?

—En siete días, usted y la persona que lo acompañe van a ir en ómnibus hasta Asunción, Paraguay. Nosotros lo vamos a estar esperando para mostrarle las bondades de ese país hermano.

—Pero, ¿no podemos viajar en auto?

—¡Entiéndalo bien! No le estoy preguntando, ni permitiendo preguntas.

—Discúlpeme, fue una imprudencia.

—Yo le llamo para decirle en que empresa de ómnibus va a viajar. Prepárese que falta poco.

Zaida llora en silencio. Está tan asustada que aún si quisiera no podría gritar, las palabras quedan atravesadas en su garganta.

Zaida llora en silencio. Hincada de rodillas intenta ubicar la ciudad sagrada, La Meca, pero las dudas se le prenden del cabello marrón praliné como si fueran

hebillas. Afuera la noche duerme un sueño liviano, mientras las horas mueren lentamente y algún gallo inquieto anuncia el despuntar de la madrugada.

Zaida está en vigilia. De a ratos sus susurros rompen el silencio: “Alá, Alá, ¿por qué me has abandonado? Alá, Alá, ¿qué me está pasando?” Pasa el tiempo y las angustias se suman oprimiéndole el pecho, dejándole sin aire los pulmones. Zaida llora en silencio y sus lágrimas inundan el cuartito como los deshielos de primavera. Por momentos la tristeza se entremezcla con la nostalgia, y un dolor indescifrable le oprime el pecho hasta dejarla sin aire en los pulmones.

Los ojos húmedos de su padre al partir la buscan en la distancia, tratan de encontrarla, pero una niebla cenicienta les corta el paso. Su padre que se quedó lejos en las arenas de las carpas y que al despedirse la apretó tan fuerte que le hizo daño en las costillas. Su padre que no pudo pronunciar palabras de adiós, sólo pudo susurrar su nombre con una voz tan lenta y apagada que encogía el alma. Su padre que en las noches limpias del desierto jugaba a cazar estrellas como si fueran mariposas para después guardarlas en alguna bolsa imaginaria del firmamento para que, al cruzar la puerta al más allá, le alumbraran el camino; a él y a su familia. Su padre, un hombre bueno y justo que las había amado a ella y a su madre con todo el amor posible, un amor tan grande que se quedó huérfano para que ellas escaparan de la prisión encubierta del campamento, donde el hambre y la miseria jugaban a las escondidas entre las lonas de las tiendas. Su padre se quedó a morirse de penas; sentado en un rincón de su toldo, se resignó a no verlas más, a no esperar donde no hay esperanzas, donde la fe es la única cuerda donde asirse para estar de pie y soportar estoicamente las tribulaciones. Su padre se quedó a morirse de penas; ella lo supo cuando se miraron por última vez y él vio el alma muerta, con los interiores vacíos de vida, grises de tristezas infinitas y amargas: las tristezas que le entran a uno cuando se queda sin nada, cuando lo ha perdido todo, absolutamente todo.

Zaida llora en silencio. Al subir al avión sintió en sus adentros que jamás volvería a ver a su padre, entonces apretó fuerte el brazo de su madre para no caerse al vacío de la desesperación. Se tragó el dolor, escondió las angustias entre las pocas pertenencias del equipaje y enderezó la espalda para hacerle

frente a la desdicha. Ahora, perdida en la inmensidad, sin saber dónde está ni las causas, siente que su madre la ha soltado y ya no le queda dónde agarrarse para no precipitarse al vacío sin fin, para no desfallecer en el olvido. Zaida llora en silencio. De tanto llorar le sangra la nariz, y las lágrimas se le entremezclan. Un hilo delgado, rojo pálido, cae al suelo y rebota en las baldosas enmohecidas, salpica hacia todos lados manchando aún más el piso mugriento de años. La remera amarilla que le dieron en la Parroquia, despiden el olor de las humedades propias del lugar, el jean celeste se le pegotea a las piernas, y los cabellos de lluvia están enmarañados, algún que otro nudo sobresale por encima de los hombros.

En un rincón de la habitación hay un tacho para hacer las necesidades, a centímetros del catre que se completa con un colchón de lana, hecho girones de tanto uso. Una frazada en igualdad de condiciones constituye su único abrigo y una mesita hecha con un rollo de cable es el único mueble para poner sus cosas, cosas que aún no tiene. En otro rincón, una caja vacía está como dejada a propósito para cumplir la función que haga falta.

Cuando Alí entró a la habitación no esperaba ver lo que vio. Con la mano derecha sujetaba un sándwich de milanesa y con la izquierda un vaso con gaseosa sabor a lima limón.

Ante la escena se quedó petrificado como las estatuas de alabastro, haciendo un esfuerzo para no dejar caer las cosas.

Arrodillada en el rincón, quebrada en dos y con la mirada hacia la nada, estaba Zaida. La joven despegaba los labios para susurrar frases que Alí no comprendía, acompañadas por un río de lágrimas que brotaban de sus ojos enrojecidos. La actitud mansa, de entrega, igual al silencio de los corderos cuando van al sacrificio.

Alí depositó el sándwich y el vaso en la mesita, y se tapó la boca para esconder un acceso de tos: una tos rara, evidencia de una enfermedad crónica. La joven siguió sin mirarlo, pero le dirigió la palabra con una voz lenta y desecha.

—Hierva medio litro de agua con cinco cucharadas grandes de miel y las cáscaras de dos naranjas. Déjelo enfriar y tómelo como jarabe varias veces al día. Lo va a aliviar.

Alí seguía petrificado, esperaba otra cosa de la joven, cualquier cosa antes que la bondad. Estaba acostumbrado a arranques de furia, de odios o, por el contrario, a los ruegos desesperados, pero no a esa mansedumbre que perfumaba el aire de la habitación con el aroma de los jazmines. Por momentos sintió que deseaba haberse equivocado de víctima y que en una de esas el Califa le llamaba para suspender el operativo. Después el peso de la realidad lo aplastó como a una cucaracha y trató de mentalizarse de que sólo era un trabajo más.

—Señor, disculpe, pero si no le calma la tos el jarabe, pruebe con compresas húmedas bien calientes aplicadas en el pecho tres noches seguidas. Me lo enseñó mi padre.

Apenas pudo pronunciar las últimas palabras. Después un silencio atroz cubrió el lugar, pareciendo que ya no quedaba lugar para los comentarios.

Alí la seguía mirando sin contestar. No podía comprenderlo.

No pudo evitar que una ráfaga de envidia le entristeciera el alma; la joven contaba con alguien que la estaría buscando, que estaría preguntando en todos los huecos posibles por ella, que en algún lugar la estaría llorando, cuando a él jamás lo buscó ni lo lloró nadie.

Giró en cruz y se alejó; al cerrar tras de sí la puerta, unos chillidos insoportables le perforaron los oídos, la vieja puerta tenía demasiados años y humedades acumuladas en sus bisagras. Al ponerle llave, hizo un gesto de dudas, pero no podía arriesgarse; cualquier desprolijidad ante una inspección de rutina le podía significar el final.

Se sentó a esperar instrucciones en compañía de un cigarrillo. Tenía una extraña sensación de agobio mordiéndole las entrañas, como si este caso no fuera uno más.

La llamada del Califa lo sobresaltó: estaba perdido en sus interiores, buscando algo que no entendía. Una sensación extraña de tumultos le estaba haciendo cosquillas en los intestinos.

—Alí, ¿está todo bien?

—Sí, señor, no hay inconvenientes.

—¿Cómo se porta la mascota?

—Es mansa como un cordero.

—Bien, Alí, bien. Encima el sacrificio nos va a coincidir con las fiestas navideñas.

—¿Tan pronto, señor?

—Es la mejor época, la gente está ocupada en otra cosa.

—Como usted diga, usted es el que sabe.

—¡No me adules tanto! Me lo podría creer y bajar un poco la guardia.

—Entiendo, señor. ¿Algo más?

—Cuidá mucho la mascota, Alí, ni un resfriado, porque se nos complicaría todo.

—Confíe en mí. Nos vemos. Espero su llamada.

Aycha está desesperada. Su hija salió al encuentro de la noche y no regresó. El Padre José trata de infundirle ánimos, le dice una y otra vez que tal vez se perdió, que quizás caminó demasiadas cuerdas y la ciudad hambrienta devora a los extraviados. Sus compañeros de viaje se sientan a consolarla, sin saber como ayudarla; acostumbrados a los perímetros del campamento, para ellos la urbe parece infinita.

Aycha está desesperada. Las mujeres están preparando bolitas de queso y pasta de aceituna. Sus manos se mueven ágiles sobre la mesa de machimbre que le donaron al Padre José. Las van sazonando con nuez moscada y lágrimas de angustia. La tierra prometida les está costando, los temores y los fantasmas les van mellando las esperanzas, las ilusiones, las fuerzas.

Zaida no vuelve, y no saben dónde ni cómo buscarla; sus conocimientos no alcanzan en este lugar. Antes de comer, todos —hasta el Padre José que hace un gran esfuerzo para ocultar sus sospechas— se hincan de hinojos hacia la ciudad sagrada, y rezan Inshallah ia rabbi (Quiera Dios, mi Señor).

Lo repiten una y otra vez, rogando que Alá les devuelva a Zaida, rogando que Alá se apiada de ellos. Después comen, cabizbajos, en medio de un silencio que daña. Comen oprimidos, con las rodillas muy juntas como si los dientes de una trampa las estuvieran presionando. No hay palabras que acompañen la cena: están todas estancadas en sus gargantas.

La ausencia de Zaida enrarece el aire, se les hace difícil respirar. Aycha come uno o dos bocados mientras las lágrimas se tiñen de rojo, de sangre. Lágrimas de sangre por el esposo que sabe no volverá a ver jamás, lágrimas de sangre por la hija que ahora ha desaparecido. Lágrimas y más lágrimas de sangre.

A la hora de la cena llegan dos policías. El Padre José llamó a un comisario conocido para explicarle la situación; es la segunda noche sin Zaida. Los efectivos toman nota de la situación y le piden al viejo sacerdote hablar aparte. El más jovencito, que además vive a unas cuadras de la Parroquia, busca las palabras para enfrentar al cura.

—Padre, no lo tome a mal, pero usted sabe que no encontramos a los nuestros. Imagínese esta chica que además es asilada. No van a mover un dedo. Nosotros le prometemos intentar recabar algún dato por nuestra cuenta, pero, Padre, ¡es casi imposible!

La frase demolió las esperanzas del viejo, que se sienta para no caerse porque las piernas no lo sostienen. Lleva muchos años vagando por el páramo de la soledad con cruces a cuestas y ahora los ojos desconsolados de Aycha se han impreso en su corazón como brasas de injusticias.

El Padre José siente la sensación de pánico en su estómago como una rata lista para morderlo, le sobran certezas, le faltan esperanzas. Él cree hasta el hartazgo en el Cristo crucificado, pero le cuesta aceptar que algunos lleguen a este mundo sólo para sufrir, que tengan que cargar maderos en cruz diez mil veces más pesados que los de los demás. Con la mano derecha oprime el crucifijo de madera que cuelga de su pecho e intenta levantarse para despedir a los policías que lo han estado acompañando en silencio. De vuelta al salón,

ruega a la Virgen que Aycha no pregunte, porque las mentiras nunca son piadosas.

En el salón lo están esperando para tomar un té. A manera de decir algo y romper el silencio atroz, se dirige a Aycha y le comunica que en la mañana concurrirán a la comisaría más cercana para hacer la denuncia formal.

A la mañana siguiente, el cielo está tormentoso, unas nubes negras preñadas de agua se acercan a vuelo agigantado. El Padre José toma un viejo paraguas y apura a Aycha para que la lluvia los alcance en la comisaría: cuando las precipitaciones son a baldes, las calles de tierra se tornan intransitables y el agua sube hasta las veredas.

Llegan antes que las primeras gotas. Los atiende una jovencita que, ante el relato, les pide amablemente que completen un cuestionario, con muchas casillas y poco espacio para el dolor de una madre desesperada. Se toman el tiempo necesario para no olvidar algún dato que tal vez pueda ser útil en medio de las traducciones a medias que va haciendo el cura.

Abandonan el lugar después de entregar las planillas, en silencio y con un sabor a hiel en la boca. La jovencita que los atendió archiva el formulario en una pila amarillenta, donde queda depositado eternamente. “Antón, Antón pirulero, cada cual, cada cual a su juego; y el que no, y el que no, se perdió”, susurra por lo bajo la jovencita envuelta en la rutina de mentir búsquedas. Sin presupuesto para los ciudadanos, un asilado no tiene esperanzas.

Cuando llegan a la Parroquia, un jovencito los está esperando, su abuela moribunda ruega por la extremaunción.

En un gesto de sacar a Aycha a caminar un poco, el Padre José le pide que lo acompañe. Él lleva el viático y la ampolla de los sagrados óleos, y para hacerla partícipe le ofrece a Aycha la estola, la copa, una yesca y una vela de la sacristía.

En otras circunstancias la pobre mujer se hubiera cuestionado si podía o no cargar con dichos elementos.

Los pasos son lentos, las veredas están sembradas de pozos y Aycha, que no puede más con el dolor, comienza a hablarle al sacerdote de su vida en las carpas. Le cuenta del esposo que se quedó a morirse, de cómo se pasaba

horas contando estrellas, con Zaida en la falda, amarrada a su cuello, como si temiera caerse al vacío. Le cuenta de su amor por las margaritas, en un lugar donde el agua valía más que el oro, y de aquella vez que había trocado varias raciones de comida por una macetita con una planta de margaritas, para que la niña las viera florecer. Se pasaban el día cuidando la plantita del sol, del viento, de la arena, de los demás. Pasaron meses antes que dos pimpollitos abrieran sus pétalos blancos con el corazón amarillo, perfumándoles el alma con el olor de la esperanza.

El Padre José se traga la amargura y la escucha en silencio...

El Califa tenía un perfil bastante rojizo y entusiasta. Se había bajado media botella de whisky en unas pocas horas: la espera lo estaba aniquilando, el estrés le estaba costando cada vez más.

Mordió un poco la punta del habano y escupió por la ventana que daba a la calle. Le importaba poco si desde ese segundo piso podía ensuciar la ropa de algún transeúnte que caminara por la vereda. Inhaló una bocanada de aire fresco, dentro de la habitación un humo espeso estaba haciendo difícil respirar. Desde la ventana podía observar como las personas iban y venían, enfrascadas en sus realidades cotidianas, sin preocuparse por lo que sucedía a escasos centímetros de ellos.

La proximidad de las navidades hacía que un montón de bolsas con moños rojos y verdes se chocaran entre sí, de la mano de cientos de consumidores apurados que querían ayudar a Papá Noel a cumplir su tarea de repartir regalos.

El Califa odiaba las navidades. Le molestaba el entusiasmo de la gente, los rostros sonrientes repartiendo alegrías, como si fueran caramelos de dulce de leche, las saluciones y las interminables cenas familiares donde se echaban al olvido los viejos rencores y se abrazaban unos a otros augurando los mejores deseos.

El Califa estaba solo, sin ayeres ni mañanas, sin memorias ni olvidos. Solamente el presente, un presente innombrable, donde los riesgos eran moneda corriente y las traiciones se apostaban a los dados. Un presente de poder, de billetes y joyas, pero también de oscuridad y de muerte. Un presente

de destierros, donde los actos de humanidad no entraban, porque él era Dios al decidir quién vivía y quién moría.

El Califa estaba inquieto, harto de estar esperando. Encendió el segundo habano y se puso a jugar con el humo en la garganta. Las ojeras pronunciadas denunciaban las noches mal dormidas y un cierto temblequeo dejaba en evidencia el nerviosismo que le estaba carcomiendo las entrañas.

Cuando sonó el timbre demoró dos segundos para llegar hasta la puerta. Al abrirla, se encontró con un hombre de mediana edad, delgadísimo como el papel de arroz y con una sonrisa inmensa. Llevaba un anillo de oro con un pequeño diamante incrustado y vestía un traje gris, en composición con sus cabellos pintando canas.

Después del abrazo de bienvenida, el recién llegado depositó el saco en una silla, dejando a la vista una camisa blanca, tan blanca como las azucenas de las plazas, con el detalle preciso de los gemelos de oro.

Se tomó unos segundos antes de comenzar el diálogo. La voz sonó clara y helada.

—Califa, amigo mío, la clínica está lista.

El Califa lo escuchó mientras le estaba preparando un vaso con whisky. Para sus adentros, las palabras le sonaron mágicas; era lo que necesitaba oír. La presencia del “Cirujano”, el hombre clave de la organización, le estaba tranquilizando los intestinos.

El Cirujano, el hombre de las manos de oro, era un semidios moderno que podía elegir a quién dar vida y a quién dar muerte con una frialdad que denotaba la ausencia de alma.

Solía hacer comentarios acerca de su proceder justificando sus acciones en los sufrimientos de los miserables elegidos, alegando que él solamente terminaba con la vida de tormentos que les había tocado en suerte.

El Cirujano era argentino, con domicilio fijado en la Capital.

Tenía montada una fachada social, a través de un consultorio con las comodidades mínimas, donde a diario transitaban pacientes de todas las edades. El profesional jamás dejaba de atender a personas con bajos recursos,

a excepción de cuando viajaba para hacer algún “curso”. La gente lo respetaba, lo quería; jamás hubieran sospechado la doble vida. El único gusto que se había dado fue mudarse a un country de provincia, cuya compra justificaba mediante la maniobra engañosa de recursos heredados.

El Cirujano había traicionado el juramento hipocrático a cambio de unos cuantos miles de dólares, había entregado el alma en un trueque sin retorno.

—Califa, ¿qué te parece como fecha el veintitrés de diciembre?

—Me parece bien, el tema es que se nos ha complicado porque la chica no quiere comer ni tomar nada. Se está dejando morir, y vos sabés mejor que yo que si llega en mal estado, nos estamos arriesgando.

—Ya estoy saliendo para allá. Quedate tranquilo que aprovecho para revisarla y de paso le doy ánimos.

Lo dijo con una sonrisa a flor de labios y un brillo en los ojos que helaba la sangre.

—Alí te está esperando, está preocupado. Igual pienso que está en condiciones óptimas: es una flor salvaje que ha crecido en medio del desierto.

—Califa, antes que me olvide, no te lo pude decir por teléfono: tenemos vendido el otro riñón.

—¿A quién?

—A un yanqui que tiene tierras en Argentina. Me contactó a través de Puma Gutiérrez, ¿te acordás de él?

—Ya sé, es ese que habla tan cruzado el portugués como yo el español, ¿verdad?

—Exacto, amigo mío, además el yanqui nos paga lo que pedimos todo junto.

—¡Qué raro, che! A él le quedaría más barato Tailandia o Irán o India, es más barato y los que donan quedan vivos.

—Y además, hay tantos, que te lo buscan rápido. ¡Y bueno, nos correremos del mercado del riñón!

—A lo mejor no quiere quilombos el hombre.

—Además, tenemos fama de ser efectivos un cien por cien, y vos sabés mejor que yo que en el ambiente eso cuenta más que el precio. El que pone no le importa cuánto, sino que sea la única vez.

—Y no quieren mancharse con sangre, que ni una gota les salpique.

—De eso me encargo yo, Califa querido.

—Una cosa más, fijate que entre una cirugía y otra no sufra, al menos más de lo necesario.

—¡Te estás poniendo viejo, amigo mío! ¿Te estará volviendo el alma al cuerpo?

—Dejate de pavadas. Pasa que no somos torturadores, sólo hacemos nuestro negocio, ¿verdad?

El Cirujano no le contestó, en cambio levantó la copa en señal de brindis.

El Califa volvió a llenar la suya y ahogó una media sonrisa inconclusa. En los últimos tiempos no lograba encontrar el descanso bestial de los exhaustos, cerraba los ojos y, al menor ruido, se incorporaba en medio de la noche y después veía morir las horas por la ventana.

Alzó la mirada para contemplar la figura del Cirujano, la pieza clave de la organización: de sus manos dependía un cuarenta por ciento de cada operativo y él lo sabía. Quizás por ello caminaba envuelto en un halo de arrogancia y vanidad que dejaba huellas.

La curiosidad le mordía las entrañas al Califa cada vez que lo tenía enfrente. ¿Cómo alguien que había estudiado y jurado salvar vidas las destruía con tanta facilidad? Jamás había visto un dejo de dudas en su persona o un gesto de piedad o un paso en falso: cada acción estaba debidamente calculada, hasta la cantidad de whisky que se servía. Se acordó de un viejo zorro de la noche que aún tenía algunos códigos, y cuando se empinaba unos tintos de más comenzaba a profetizar: “La plata corrompe, Califa, hace que los hombres vendan hasta su madre”. Después de tantos años en la mafia, tenía pocas certezas, pero la frase del viejo era una de ellas.

El silencio entre ambos se estaba extendiendo demasiado, un aire espeso, turbio de humo, hacía más irrespirable el lugar.

—Califa, me voy. Quedate tranquilo que voy a revisar que la mercadería esté en perfecto estado.

Le dio un abrazo al Califa, se calzó el saco y partió tan impecable como había llegado. Afuera un viento embroncado hería la noche, doblando los pocos árboles de las veredas. El Cirujano caminó una cuadra, desafiando al viento que le hacía difícil los pasos, y entró a una cochera a buscar su vehículo.

Al salir le dejó una propina al encargado del lugar, quién le hizo la misma reverencia que les hacían a los Césares.

El auto negro, impecable como su dueño, le rugió a la noche, encaminando su andar hacia la ruta nacional.

La travesía duró horas. Cuando llegó a la capital de Paraguay, el sol colgaba en lo alto del firmamento. Afuera del auto, el sopor del mediodía derretía hasta el bronce de las estatuas. Hasta las iguanas, que le temían a todo menos al calor, se negaban a pisar el pavimento. Los únicos que se movían—aunque a paso de tortuga—eran unos perros flacos, presionados por el hambre que les iba carcomiendo las entrañas.

El auto negro ingresó a un garage en las afueras de la Capital, a unas dos cuadras de la clínica. Una vez adentro, su ocupante se bajó, portando un maletín de cuero de cocodrilo y una valija del mismo material. Dejó el equipaje en el estar y se dispuso a ducharse.

Cuando el auto negro abandonó el garage, estaba anocheciendo. En pocos minutos el vehículo y su dueño estaban frente a la casita donde estaba enjaulada Zaida, con las alas rotas y el alma hecha añicos.

El Cirujano entró con su perfume francés y su entusiasmo contagioso. Vestía un traje negro, y una camisa blanca, tan blanca como las azucenas de las plazas.

—Hola, Alí, ¡qué gusto verte de nuevo!

—Señor, el gusto es mío. ¿Cómo le fue en el viaje?

—De maravillas, Alí, de maravillas. Dime, hombre, ¿dónde está nuestra invitada?

—Lo acompaño, por favor.

Al entrar al cuarto, el Cirujano era otro. Investido en una dulzura increíble, tomó asiento en la cama donde estaba recostada Zaida. Con una sonrisa inmensa, le hizo señas a Alí que los dejara solos. El Cirujano, además de inglés y alemán, hablaba el árabe a la perfección.

—Zaida te llamas, ¿verdad?

La joven no le contestó y siguió mirando la nada.

—Bien, muchachita, será mejor que dejemos de dar vueltas y te diga la verdad del caso.

La joven parpadeó y movió los ojos con la intención de mirarlo.

—Todos te ocultaron la historia para no asustarte, y en cambio te has asustado más de lo debido; ahora hasta tu madre está preocupada por ti.

Al pronunciar estas palabras, Zaida le clavó los ojos húmedos que empezaron a desbordarse hacia las sienes.

—El tema es el siguiente. Escuchá con atención.

Pertenecemos a un grupo antiterrorista. Llegó a nuestros oídos que un par de fundamentalistas enceguecidos iban a raptarte para después matarte, a manera de lección. Estos locos no quieren asilados en el país vecino y son capaces de cualquier barbaridad con tal de detener el ingreso de personas como ustedes, que necesitan un país donde vivir.

Los ojos de Zaida se llenaron de esperanzas. Por momentos, las penas abandonaron su alma atribulada para dejar paso a la luz de la felicidad. Miraba al hombre como si estuviera en medio de una visión celestial y el desconocido fuera un profeta o el mismo Dios.

—Escuchá, Zaida, sólo te pido unos días hasta que nos aseguremos que todo ha pasado. Entonces te devolvemos.

¿Quién más que nosotros quiere que esto termine? Además, hemos hecho un pedido formal para ver si podemos también traer a tu padre... ahora sólo me faltaría revisarte para confirmar que estás bien. Confía en mí que soy médico.

Una sonrisa de confianza cruzaba el rostro del Cirujano; la revisó sin prisas, atento a cualquier síntoma extraño que pudiera detectar, de todas maneras se iba a asegurar con unos estudios completos en la clínica.

—Mirá, Zaida, estoy sintiendo una especie de soplo en tu corazón. No te asustes, que no es nada, pero para asegurarme necesito trasladarte hasta una clínica de las nuestras y hacerte algunos estudios. De todas maneras vas a empezar a tomar estos medicamentos para evitar que te pase algo, ¿entendés?

La muchacha asintió con la cabeza. El recién llegado le había devuelto la sangre al cuerpo—una razón para seguir existiendo—, le había dejado el aire perfumado con el aroma inconfundible de las esperanzas.

Al salir del cuarto el Cirujano cerró la puerta tras de sí con manos de duende. Cuando levantó la vista para dirigirse a Alí, sus ojos estaban muertos, sin brillos.

—Alí, ya está todo solucionado. Como siempre se tragó el cuento del secuestro. No te olvides de administrarle los medicamentos y darle bien de comer. Si no fuera médico, podría ser actor, ¿verdad?

Respiró una bocanada de aire antes de seguir, consciente y seguro que la situación estaba en sus manos.

—Pasado mañana, vuelvo a buscarla y, si todo sale según lo planeado, ahí nomás la dejamos internada.

La voz sonó tan fría que el muchacho sólo se atrevió a contestar en monosílabos. A pesar de la lealtad marcada a sangre que sentía hacia el Califa, estaba seguro que el jefe de los jefes era el Cirujano, el único que poseía todos los requisitos para ocupar el lugar. No tenía vicios, no sabía de piedades, no tenía alma.

Cuando Alí se quedó solo, el rostro de la joven y la dulzura de sus palabras se adueñaron de su mente. Tal vez la maldita tos lo estaba debilitando; tal vez, en el fondo de su maltrecho cuerpo, aún quedaban restos de humanidad, aunque estuvieran tapados por tantos años de actos miserables y cobardes.

La clínica estaba ubicada en un barrio de las afueras. Era uno de los centros de salud más famosos de la Capital, con un reconocimiento de años de trayectoria. “El dinero corrompe, corrompe y mata”, decía un sacerdote tercermundista. Muy pocos lo escuchaban o lo interpretaban, quizás para no hacerse cargo de la frase y tener que dar testimonio.

La clínica había torcido el rumbo hacía años, cuando los directivos comprendieron que se podía hacer dinero fácil con uno o dos operativos por semestre. En vez de considerarlo, se pusieron a aceitar la máquina para que no surgieran inconvenientes, es decir, a repartir las divisas entre los funcionarios que hicieran falta. Por eso venían de todos lados a ofrecerles contratos nuevos, pero los directivos, que habían aprendido a vivir en la comodidad de los dólares—en un país donde los billetes verdes se cotizaban casi como el oro—, no querían que la avaricia les arruinara el negocio. Además, siempre temían que la traición les costara un tiro en medio de la frente. Por todo esto, seguían con el Califa y todos sus entrenados, más por supervivencia que por lealtad.

La clínica estaba ubicada en un barrio de las afueras. Los vecinos del lugar no sabían—y no querían saber—acerca de los comentarios que circulaban por ahí como mariposas de papel, hacia donde los llevaba el viento. La subsistencia de muchos estaba ligada al funcionamiento del lugar, en un país donde se almuerza con hambre y se cena con hambre. Los vecinos entonces preferían no saber.

El Cirujano entraba y salía del lugar como si fuera su casa.

Su llegada producía una cierta alegría en el personal porque siempre significaba algún ingreso extra, algunas monedas más destinadas a engrosar los bolsillos flacos de los empleados del lugar. El mejor quirófano estaba disponible, el instrumentista más capacitado, el equipo que necesitara.

Zaida estaba tranquila y esperanzada.

Cuando el Cirujano llegó a buscarla, sus ojos se llenaron de luz, brillaron como luceros en la noche. Convencida hasta los tuétanos que faltaba muy poco para reunirse con su madre, no apartaba ni por un instante la vista del hombre que le había devuelto el alma al cuerpo.

Alí la contemplaba ensimismado. Una flojera extraña se le había sumado a la tos crónica, las rodillas le temblaban como si las fuerzas lo estuvieran abandonando. La veía acomodar las pilchas como si fuera a vestirse para la fiesta de su vida, y una angustia sorda le cerraba el pecho.

Alí la contemplaba ensimismado y un par de lágrimas le humedecieron los ojos secos de sentimientos. Alí se puso tenso, hubiera querido gritarle que escapara, que no había mañana de la mano del Cirujano que la llevaría a la muerte.

Pero no pudo pronunciar palabra alguna: el terror las ahogó en su garganta y se quedó mudo, contemplando la escena más horrorosa de su vida.

Estaba de pie y en silencio, más cómplice que nunca.

Cuando le sonó el teléfono, Zaida estaba casi lista, y el Cirujano, con una sonrisa inmensa, la estaba esperando en la entrada de la casita.

—Alí, ¿cómo está todo por ahí?

Sopló las palabras para contestar, haciendo un esfuerzo enorme.

—Bien, señor, está todo bien.

—Muchacho, te noto raro.

—Es la tos que no me deja dormir ni comer.

—Alí, cuando vuelvas a tu casa quiero que te hagas un chequeo urgente, así te medican. Debe ser una pavada, pero si no vas...

—Sí, señor.

—Contestame nada más con un sí: ¿está el Cirujano ahí?

—Sí.

—Entonces me encargo del traslado urgente del invitado. Igual, decile que me hable. Él ya sabe que cuando esté solo. Cuando se vayan, subite al auto y volvete a tus pagos. De allá me llamas, así te deposito. ¿Entendido?

—Bien, señor, quédese tranquilo que yo le hablo.

—Suerte, muchacho. Sabés cuánto valoramos tu trabajo, ¿verdad?

—Sí, señor.

Pronunció estas palabras con un susurro.

Afuera el sol empezaba a sofocar; la temperatura subía a pasos agigantados y en una hora el aire se tornaría espeso y agobiante.

El Cirujano apuró la marcha. Si todo salía bien, en ocho días volvería a Buenos Aires con la cuenta bancaria rejuvenecida y la oportunidad de construir la cancha de golf que estaba ambicionando. Le apasionaba el golf. En ciertas oportunidades había participado en algún torneo de renombre.

El Cirujano apuró la marcha.

Cuando llegaron a la clínica, Zaida lo siguió con entusiasmo. Ya en la habitación, le pidió que confiara en la enfermera, que no sabía nada de árabe, y se fue por la puerta con la sonrisa de siempre.

El director del lugar lo estaba esperando con una bebida bien helada y las novedades de su último viaje. Comentario tras comentario, se fueron aquietando las horas.

Al atardecer le avisaron que la muchacha estaba lista, pero algunos estudios demorarían hasta el otro día.

Se acercó a la habitación y se sentó en la cama. Zaida lucía demacrada y triste. Le tomó la mano izquierda antes de pronunciar palabras de esperanzas.

—Niña, falta poco. Confía en mí. Prefiero que te quedes acá, donde te van a cuidar bien, hasta que volvamos.

La muchacha no le contestó. Pero lo miró tan hondo, que si el Cirujano hubiera tenido alma se la hubiera traspasado.

Después sus ojos sin luz se cerraron en clara señal que necesitaba descansar. Zaida soñó esperanzas. Se vio caminando hacia la Parroquia y a su madre esperándola en la puerta. Vio a su Aycha de pie, erguida sobre sus miedos y la suma de sus dolores; sostenida por la única posibilidad de volver a ver a su niña.

Aycha, esperándola de pie, susurrando las plegarias a Alá, para que no las abandonara, para que olvidara el pecado de haber dejado a los suyos en busca de una vida para vivir, de un suelo libre donde habitar. Aycha, envuelta en las telas negras de un luto eterno, y el polvo de la amargura marcándole los surcos de la frente por el esposo abandonado en las arenas del desierto.

Aycha, esperándola de pie, atornillada a las baldosas de la entrada, salteando cansancios y comidas, comiéndose a sí misma, enferma de desesperación y agonías, vacía de fe, susurrando apenas las plegarias, sin fuerzas para arrodillarse, sin fuerzas para pedir.

Zaida soñó esperanzas. Soñó que pronto despertaría y podría abrazar a su madre huérfana, decirle cuánto la amaba y agradecerle la entrega, el sacrificio de dejarlo todo, hasta el amor de su vida, sólo por ella.

Zaida soñó esperanzas. Fue lo último que soñó Zaida antes del final.

Después de varias horas de cirugía, el Cirujano salió del quirófano molesto. Las gotas de sudor le molestaban más que las moscas de las afueras. Se refregó bien las manos con desinfectante y con un paño húmedo se secó la transpiración.

Si hubiera podido, se habría dado una ducha, pero en ese momento las prioridades eran otras: demasiada gente estaba esperándolo para saber acerca de los resultados.

Mientras caminaba por los pasillos, el Cirujano esbozó una sonrisa. Si Dios existía, debía parecersele, era inevitable.

En la oficina del director, el Califa lo estaba esperando, con los nervios desencajados y un paquete de cigarros a medio terminar. Lo que más lo

exasperaba era que el control de la situación no pasaba por sus manos, y en esta fase sólo podía observar con la mejor atención posible.

Cuando el Cirujano entró, lo hizo con una sonrisa radiante y fresca como los arroyos de las montañas.

—Terminamos, Califa, todo está bien, quedate tranquilo.

Los dos pacientes están bárbaros, cuando no están deteriorados los riesgos son mínimos. Además son órganos en excelente estado... Redondo el negocio ¿verdad?

Lo dijo con una mueca de burla, arqueando las cejas mientras se preparaba un trago.

—Menos mal. Ahora voy a poder descansar, llevo dos días sin dormir.

—Tranquilo, Califa, yo te dije miles de veces que el diablo no arranca conmigo y Dios me prepara el café.

El Califa lanzó al aire una carcajada que resonó en los pasillos. Faltaba muy poco, y si bien aún corrían riesgos, lo principal había pasado.

A unos metros de ahí, dos enfermeras se estaban encargando del cuerpo de la víctima. Envueltas en una indiferencia perversa, comentaban acerca de sus historias familiares, como si fueran protagonistas de una película de horror.

Agosto de 2010

El teléfono suena en la madrugada. Para alcanzarlo a la velocidad, me tropiezo con todos los objetos posibles. Siempre temo lo peor—a veces la cruz es de hierro dice el monje—y la adrenalina me inunda las venas.

—Señora, soy yo.

El acento es inconfundible, las palabras deambulan entre el portugués y el castellano, tanto que tengo que agudizar los oídos para entender.

Un frío extraño me recorre la médula de punta a punta, las frases me cuestan. Nunca me sobra un cacho de valentía, apenas alcanza para no acobardarme.

—Tengo la novela terminada. Con mucho viento a favor, la publicamos en abril.

—Señora, creo que no llego a abril, igual le agradezco...

—Que la haya escrito.

Demasiado silencio, demasiadas tinieblas.

—¿Qué va a hacer con el cuaderno azul?

—¡Quemarlo, por mí y por los míos!

—¿Puso todo en la novela?

—Lo que pude y como pude. Voy a ser honesta, me ha costado lágrimas de sangre.

—La seguí en los medios y entendí los mensajes. Creo que los periodistas nunca se dieron cuenta que usted me estaba tratando de ubicar.

—No tenía otra manera, sabía que algún artículo ibas a leer por Internet.

La voz pastosa se apaga lentamente como los cirios de las iglesias.

—Usted sabe que me estoy muriendo, ¿verdad? Estoy en la etapa final.

—Si necesitas alguna ayuda, las monjas de la Capital...

—¡Señora! Yo no supe de misericordias con las víctimas, ¿ahora voy a pedirla para mí?

—Pero el acercarme el cuaderno, me parece...

—¿Le parece que he cambiado? No se confunda, no se puede deshacer lo hecho, pero tal vez sirva para denunciar lo que está ocurriendo y los políticos hagan algo.

—Nosotros lo intentamos.

Una carcajada ruidosa me deja en silencio. Espera unos instantes antes de contestarme.

—Claro que ustedes hacen, son como pequeñas espinitas que pinchan y pinchan y no dejan de molestar.

—Es que no tenemos otra manera.

—Ya lo sé, señora, ya lo sé.

—A veces pienso que no logramos nada.

—No piense eso, ni por un instante siquiera. Para ellos no es fácil con ustedes que no tienen nada para perder excepto la vida, y encima pareciera que la ofrecen por el resto. A eso le temen las bandas, a los locos como usted que se paran y dicen: “Yo no quiero nada, sólo quiero que esto cambie”.

—Más de una vez no sabemos para dónde ir.

—Señora, a mí no me diga eso, que usted siempre sabe para dónde va.

Otra vez la risa del otro lado de la línea.

Quizás el hilo entre la angustia, la curiosidad y la culpa por ahí se corta o se borra, como las alas de las mariposas.

—Quiero hacerte una pregunta antes de que cortes.

—Creo que sé que me va a preguntar, la estoy esperando.

—Te enamoraste de la chica, ¿verdad?

—Con alma y vida, desde que la subimos al auto en Brasil. Creo que no he amado a nadie como a ella y estoy convencido que la sigo amando con todo lo que me queda de humanidad.

—Entonces, ¿por qué no la salvaste?

—Por cobardía, por terror, por tantas cosas que no sé explicar. Pero no pasa un día que no me arrepienta de lo que hice.

—Estoy segura que te perdonó; por como me la describís, estoy segura.

—No sé, pero si sé que ansío la muerte para que termine mi calvario; aunque donde voy a ir no debe ser muy lindo.

Otra vez, demasiado silencio, demasiadas tinieblas, demasiadas tristezas.

—Ojalá la novela sirva, le ruego a la Virgen que así sea.

—Los pibes la van a leer, yo sé que sí.

Cuando ya no quedan palabras, queda la angustia, queda el dolor.

—Alí, lo siento mucho.

—¡Yo más que usted! Después de publicarla, intente olvidarme...

—Alí, no hay olvidos en esto, sólo recuerdos.

—Señora, ¡adiós y gracias!

—Alí...

Se lo tragó la noche, como a otros tantos que conocí.

Las lágrimas se transforman en río. Lágrimas de sangre, como las que llora Aycha esperando a Zaida.

FIN

Aycha llora,

Tiene los pies clavados en el pavimento
y la frente surcada por infinitas tristezas.

Aycha llora,

tiene los ojos rotos, partidos al medio
de tanto dolor de tantas penas.

Aycha llora,

tiene la espalda encorvada, ha envejecido

cien años juntos en la vereda.

Aycha llora,

¿dónde quedaron los días aquellos,

cuando bailaba al compás del viento y las arenas?

Aycha llora,

¿dónde quedaron las alegrías pasadas,

los recuerdos, los amores y las tiendas?

Aycha llora,

tiene el pecho atormentado de angustias,

los brazos caídos, el alma muerta.

Aycha llora,

la noche le robó a Zaida, le robó a su hija,

le robó el aliento, la vida entera.

Aycha ya no llora,

no le quedan lágrimas, no le quedan fuerzas,

olvidó los rezos ya no ruega,

es tanto el dolor, es tanta la angustia

que sólo la muerte aliviará sus tristezas.

¿Dónde está Zaida, dónde está su niña?

Aycha se muere, se muere de penas.

Zaida

La luna prendida a tu pelo

como una hebilla en tu melena.

Las magnolias florecidas en tu piel

aún perfuman tu ausencia.
Tus ojos inmensos me buscan
traspasan muros y me encuentran.
Te estoy llorando a mares
es tan honda mi pena.
Es tan oscuro el abismo
de mi alma hecha grietas.
Deliro, dibujo tu cara y...
La pinto con fibras de tristezas.

Zaida

No me alcanzó el amor
para arrancar la luna de tu melena.
Para echar fuera los monstruos
que llegaron desde la miseria.
Para aplastarles la cabeza
y esconderte en mis venas.
Me quedé inmóvil, seco
de valentías y de fuerzas.
Y te robaron la vida,
los sueños, los recuerdos de la arena.

Zaida

Maldito nací, maldito muero
sangrando culpas y penas.
No me alcanzan las lágrimas

en esta tumba desierta.

No me alcanza el amor

para hacer que vuelvas.

Alicia Peressutti

Se terminó de imprimir en los
Talleres Gráficos de
Ediciones CC
Córdoba 419 - Villa Nueva, Pcia de Córdoba
Febrero de 2011
Tirada: 500 Ejemplares
IMPRESO EN ARGENTINA